

Editorial

Alguien ha dicho que el tiempo tiene un perfil curvo, que se desarrolla en grandes círculos y que interviene decisivamente en la fórmula cabalística que A. Einstein labró para dar límites a todo lo relativo.

Efectivamente. ¡Qué difícil es definirlo o intuirlo!

En nuestra pobre y corta experiencia cósmica, no podríamos apreciar el tiempo si no contásemos con la piel de las cosas —y, sobre todo, con nuestra propia piel—, para notarle en su discurrir, lento e implacable, royendo y descarnando todo aquello que de jóvenes creíamos eterno y que nuestros hijos estiman caduco y polvoriento.

También es relativa su duración: ¡Cincuenta años!

¡Medio siglo!

¡Diez lustros!...

Una eternidad para juzgar algunos procesos o para conservar algunas esperanzas. Apenas unos instantes para otros más felices, que se proyectan desde el pasado sobre la historia entera.

El ejemplo es bien palpable en el caso de ALCÁNTARA y en la conmemoración de su quincuagésimo aniversario.

Cincuenta años, ¿de qué?

Si se refieren a la existencia de esa bella ciudad de nombre musulmán e historia cristiana —Al-Qântarat— que flanquea el río Tajo junto a la disuelta frontera portuguesa, estos cincuenta años no son apenas

nada, pues según adivinan los arqueólogos por las inciertas huellas del pasado, debió ser nuestra luminosa ALCÁNTARA, tierra habitada de gentes célticas —al menos mil años antes de la Era— que, aunque no tuvieran aún el «puente» que les diera relustre histórico, sí construyeron, de los mismos pedernales, dólmenes y estelas que fueron monumentos bien meritorios, que siguen dando fe de su industriosisidad y perseverancia.

Pero no se trata de medir la vida de una ciudad.

Se trata de mucho más y de mucho menos a la vez. Nuestro simple propósito es rememorar los cincuenta años de vida de una pequeña y humilde «revista literaria», vencedora del tiempo, conquistadora de laureles y méritos en los evanescentes territorios de la creatividad, que nació con dolor y entusiasmos de la preñez cultural y poética de unos pocos cacereños, dotados de una especial sensibilidad e inquietud expresiva, así como de unas enormes ganas de comunicarse con los demás a través de versos y palabras sin doblez.

Nació, además, en una época recia, difícil, sometida a los rigores de la posguerra y de la censura; escasamente regada de libertades, donde el mayor mérito era la capacidad de florecer y de dar frutos en mitad de un desierto intelectual muy poco abonado para que crecieran los talentos.

Así, desde este ángulo de visión, cincuenta años son casi una Edad Histórica, pues la vida media de este tipo de revistas, en aquella época y con aquellas condiciones de germinación, no solía ser más larga que la vida de las mariposas. Y así hubiera sido el caso de ALCÁNTARA de no contar, ya desde sus primeros pasos, con la protección y apoyo de la Diputación Provincial de Cáceres que, desde su número 15 pasaría a ser órgano y testigo de información cultural de tan ilustre corporación, rebaciendo así —con el tardío patrocinio de ALCÁNTARA— la vieja tradición de revistas literarias y culturales de Cáceres, desde la lejana REVISTA DE EXTREMADURA o la EXTREMADURA LITERARIA, que tuvieron efímera existencia, allá por los comienzos del siglo, y que dejaron un imborrable surco fertilizado por hombres y nombres como Publio Hurtado Pérez, Juan Sanguino Michel, Mario Roso de Luna, Diego María Crehuet, Manuel Castillo Quijada y otros varios que omito por escasez de espacio, que no por falta de méritos ni por flojedad de memoria.

Como aquellas viejas revistas, ya forma ALCÁNTARA parte del paisaje cultural cacereño, y tiene su hornacina en el pabellón de las cosas ilustres que han ocurrido o existido en nuestra provincia y, como aquellas viejas revistas, ALCÁNTARA almacena en la amarilla vetustez de sus páginas cincuenta años de crónica viva y palpitante, amasada por todos los pueblos, comarcas y paisajes cacereños y sazónada por un colectivo de excelentes panaderos que supieron darle sabor y punto para que todos pudiéramos degustarla, aunque fuera medio siglo después.

Este número extraordinario de la revista, que desea marcar un hito en su ya larga historia, quiere también ser un homenaje y un cariñoso recuerdo a los directores, a los redactores, a los tipógrafos y correctores y —cómo no— a los miles de lectores que construyeron, apoyaron y colaboraron en tan dilatada obra. Sus nombres, fijados ya por la tinta en la pátina histórica del papel de la revista, son hoy recuerdo y estímulo para investigar sobre sus afanes y designios, sobre sus pensamientos o ideas, sin que por ello nos debamos sentir avergonzados de provincialismo o de localismo, pues nada hay tan verdadero en la Historia y tan lleno de universalidad como la vida palpitante de los pueblos y de las gentes, que se reflejan en estas publicaciones locales y provincianas.

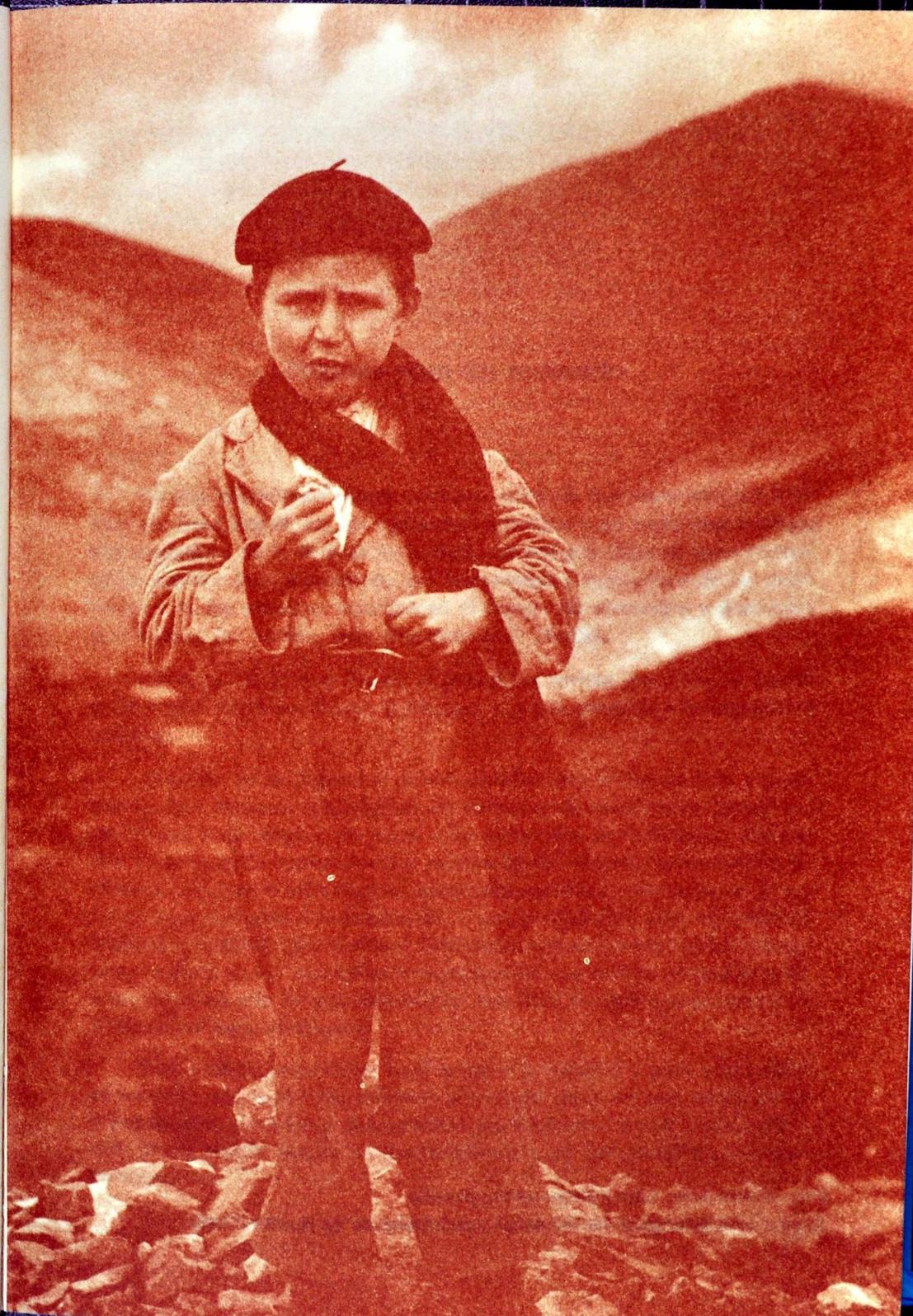
Posiblemente, de alguna forma, estemos los actuales responsables de ALCÁNTARA intentando encontrar el tiempo perdido para recuperar las enormes volutas de universalismo que se formaron en este medio siglo. Pues, aunque los recuerdos no tienen sombra, aunque su proyección sea muy larga, como los árboles al atardecer, sí suelen tener luz, y muy brillante, a veces, por lo que muchos hay que a esta luz de la fértil memoria han sabido reconstruir viejas glorias del pasado y nuevas hazañas del presente, por mor del «eterno devenir», de la eterna esperanza, del discurrir circular del tiempo, que sirve de amable esperanza a los desesperados.

No es nuestro propósito dar otras significaciones a estos símbolos temporales que las que ya tienen como tiempo real.

Hemos dicho antes que la única referencia que tenemos de este tiempo real es la piel, la epidermis inmaterial con la que nosotros mismos envolvemos las cosas y las personas que no nos son ajenas; nuestra piel moral y afectiva, con la que cubrimos a los demás y a su

entorno para incorporarlos a nuestro mundo de relaciones espirituales. De ahí que muchas veces este tiempo sea subjetivamente importante, y otras que no tenga apenas relevancia para nuestra vivencia. Las «circunstancias» con que Ortega rodeó al «Yo» eran temporales y cronológicas; los cincuenta años de ALCÁNTARA seguro que habrán de ser circunstancias importantes para muchos cacereños y apoyos firmes para que los otros cacereños, los más mozos, los que aún no sienten el calor del tiempo, ni les importa que vaya cayendo la arena de los relojes, puedan reconstruir igualmente un tiempo inmenso y redondo en el que imbricar sus vidas.

MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT



Páginas para un recuerdo

En una efemérides conmemorativa, como la que pretendemos celebrar en estas líneas, en los siguientes artículos y en todo este número extraordinario de la Revista ALCÁNTARA, no pueden faltar ni una crónica, ni un retablo; que, a modo de ejes temporales y valorativos de las ordenadas y de las abscisas, establezcan el campo de recuerdos y nostalgias que forman los perfiles más genuinos de la Historia.

«Crónica» de lo que fue en el pasado la revista, de cómo se fundó y de cómo fue venciendo al tiempo y a sus propias circunstancias adversas.

«Retablo» de las figuras y personalidades que la dieron vida y prestancia, que llenaron sus páginas de versos o de emociones narrativas, de críticas o de elogios, de ideas o de recuerdos; pero siempre destinados a fecundar la cultura local y provincial de Cáceres, proyectando su esencia creadora o informadora sobre una sociedad —la mayoría de las veces imperturbable e impermeable— que recibió este afán con relativa frialdad o indiferencia, aunque, finalmente —como suele ocurrir siempre— calara en las entretelas e intereses de esa misma sociedad para engendrar en ella el «extremeñismo» esencial de que era portador el perenne mensaje alcantarino.

Para ambos propósitos: para rehacer la crónica y para ensamblar el retablo, felizmente los propios creadores de la revista produjeron y publicaron abundante documentación, dejando casi el relato continuo de su propia huella en los renglones y en las entrelíneas de sus escritos.

Foto: Valentín Javier. (Libro *Cáceres tierras y pueblos*)
El niño de la bufanda en las montañas y pedrazales de las Hurdes (1948).

Ya en su notable libro sobre *La Prensa cacereña y su época (1810-1990)*, que le publicara la Institución Cultural «El Brocense», Germán Sellers de Paz —que fue en su día colaborador de la revista— hizo una amplia reseña histórico-crítica de lo que fue ALCÁNTARA en el conjunto de las publicaciones periódicas cacereñas.

La peripecia, un tanto aventurera, de la invención de ALCÁNTARA se repite en dos o tres números, y gracias a ella sabemos —y con ello ajustamos el primer cuerpo de nuestro retablo— que fueron cuatro los entusiasmados paladines de letras y palabras los que engendraron y parieron la revista, allá por las «kalendas» otoñales de 1945, después de una larga reflexión y maduración, que tuvo también su reflejo en la prensa diaria. La fecunda complicidad de D. Tomás Martín Gil con Jesús Delgado Valhondo, José Canal Rosado y Fernando Bravo y Bravo permitió tejer un primer número, que vio la luz el 15 de octubre, en el que también colaboraron Eugenio Frutos Cortés, Ángel Rodríguez Campo —más conocido como «Helénides de Salamina»—, Enrique Azcoaga, Manuel Monterrey, Pedro Caba, J. Fernández Figueroa, así como otros varios cacereños de reconocido y celebrado prestigio local, que dejarían desde entonces ancho surco en la pléyade de poetas e intelectuales extremeños. Hombres y nombres que supieron dar a una publicación local y provincial una dimensión digna, ensanchada después en la obra personal de algunos de ellos, con grandes reflejos literarios y universitarios.

La dirección de estos primeros números de la revista se encomendó a D. Tomás Martín Gil, seguramente en razón de edad y gobierno, ya que la dignidad era en todos ellos muy pareja. Y el coste de los primeros gastos, para cimientos y paramentos, fue a cuenta del peculio personal de todos ellos —pusieron diez duros cada uno, bajo la custodia de Fernando Bravo, que hacía de tesorero—, aunque suponemos que hubo otras generosas aportaciones de Juan Luis Cordero, Valeriano Gutiérrez Macías y otros «estipendiarios»; a lo que se unieran los magros rendimientos de la venta de la propia revista y las pobres tasas cobradas por la publicidad, que se insertó en las guardas y cubiertas de cada número.

La fecunda época directiva de Martín Gil perduró hasta el 2 de septiembre de 1947, día en que falleció, entre el dolor de toda la redacción de ALCÁNTARA, a punto de salir el número 12, en el que se insertó una oración fúnebre y algunas sentidas referencias de los colaboradores más

significados a su personalidad y a su obra. Firmaba sus artículos y trabajos con los pseudónimos «David» y «Krit y Kon» —como nos recuerda Germán Sellers— y se quejaba en el diario «Extremadura» del escaso ardor con que los cacereños habían acogido los sudores y méritos de la revista.

En aquellos dos años, el retablo de figuras que firmaron en las páginas de ALCÁNTARA se enriqueció con nombres como Lino Duarte Insúa, Carlos Callejo Serrano, Miguel Muñoz de San Pedro —conde de Canilleros y de San Miguel—, José María Valverde, Julio Cienfuegos Linares, Miguel A. Ortí Belmonte y otros varios, cuyo relieve personal, profesional y creativo no creemos necesario ponderar aquí, pues fueron autores todos ellos de fecundas obras de investigación, de historia, de poesía y de arte, que llenan mercedamente los anaqueles de varias bibliotecas.

A partir del número 15 —de fecha 31 de enero de 1949— comenzó una nueva etapa de la publicación, al ser patrocinada, desde entonces, por la Excma. Diputación Provincial de Cáceres, presidida por D. Luis Rodríguez Arias; si bien la iniciativa del patronazgo debió partir del gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, D. Antonio Rueda Sánchez-Malo, y del alcalde de Cáceres —que era también diputado provincial de Cultura—, D. Francisco Elviro Meseguer, cuya contribución a las letras extremeñas, por ésta y por otras iniciativas igualmente importantes, no puede ponerse en duda.

Hasta ese momento, la publicación había funcionado con una Comisión Gestora desde la muerte del anterior director, y ahora sería designado para la dirección D. Pedro Romero Mendoza, funcionario y jefe de negociado de la propia Corporación Provincial y hombre de letras, con varios libros publicados y otros por publicar sobre la figura y obra de Juan Valera (1935), sobre Larra y una serie de Ensayos sobre el Romanticismo español; aparte de que ya había dirigido el diario cacereño «El Noticiero» y solía impartir conferencias, muy celebradas, sobre Lope de Vega, Espronceda, Grieg y otros.

En esta nueva etapa se variaron las viejas «secciones» que solía incluir la revista, aunque conservando su carácter y su vocación literaria y creativa. Al elenco de autores de su índice se incorporaron Antonio Rodríguez Moñino, Enrique Segura Covarsí, Gervasio Velo y Nieto, Víctor Gerardo García del Canino, Manuel Terrón Albarrán y nuevos artistas:

fotógrafos y dibujantes, que enriquecieron cada número con «ilustraciones» de gran valor plástico.

La regularidad administrativa, el ritmo de aparición de cada número, la presentación, todo ello mejoró notablemente, y ALCÁNTARA saldría, desde 1949 a 1950, prácticamente todos los meses, a lo cual colaboraron excelentes poetas como Manuel Pacheco, Fernando Pérez Marqués, el ya citado Terrón Albarrán; espléndidos narradores, como Antonio Reyes Huertas y Eduardo Hernández Pacheco en esta su nueva faceta; aderezado con las espléndidas caricaturas de Burgos Capdevielle o las fotografías de Valentín Javier y de Bravo.

Ligeras y reiteradas desviaciones del «sumario» en algunos de los números hacia el territorio de la Historia, con firmas tan firmes como las de Miguel A. Ortí Belmonte, Miguel Muñoz de San Pedro, Marcelino Sayáns y otros caracterizados ensayistas, ocuparían la casi totalidad del espacio escrito de ALCÁNTARA en el número extraordinario publicado en 1958, dedicado a la figura del emperador Carlos V, por el IV Centenario de su muerte en el monasterio de Yuste.

Junto a los habituales y ya avezados autores que figuraban en los índices de la revista, con un estudio preliminar de Carlos Callejo Serrano, aparecerían en esta ocasión del Centenario otros más curiosos como el exaltado notario madrileño D. Blas Piñar —que era en aquellos años director del Instituto de Cultura Hispánica—, el ensayista de temas marianos y religiosos Narciso Sánchez Morales, el concienzudo investigador placentino Domingo Sánchez Loro; además de incluirse referencias puntuales a Menéndez Pidal, Manuel Machado, Benito Arias Montano, y a otros que evidentemente no pertenecían a la nómina de la publicación. Posiblemente, la iniciativa más original sería incluir en este número extraordinario toda una serie iconográfica sobre Carlos V, de los más variados pintores y dibujantes de esta y de aquella época, como Pérez Comendador, Tiziano Vecellio, Lucas Cranach, etc., que forman un interesante aporte artístico al conjunto de los trabajos.

Otro número monográfico se dedica a la figura de Séneca (núm. 144 de 1965), en el XIX Centenario de su desaparición, con artículos y referencias de filósofos, pensadores y tratadistas que pusieron de relieve los valores morales de este gran romano-cordobés, definidor de viejos axiomas y tópicos atribuidos a la idiosincrasia hispana.

Un desdichado accidente de automóvil, trágico y repentino, segó la vida de D. Pedro Romero Mendoza en agosto de 1969, cuando contaba setenta y tres años y llevaba veinte dirigiendo los destinos de ALCÁNTARA; en el número correspondiente (núm. 156) se insertarían las referencias funerarias y las oraciones fúnebres que eran de razón después de tan fructífera vida literaria.

Había sido este segundo director un hombre de vasta y profunda cultura, que dejaría adherida a las páginas de la revista a través de numerosos y jugosos artículos y a través de sus «Críticas sin hiel», que firmaba como «Un aprendiz de hablista»; pero también con sus estudios literarios y publicaciones, que le hicieron merecer algunos galardones y premios de la Real Academia Española, de la que fue miembro «correspondiente». La muerte de Romero de Mendoza obligó al nombramiento de un «director en funciones» que recayó en el polígrafo cacereño Valeriano Gutiérrez Macías, militar retirado, incansable y afanoso trabajador sobre cualquiera de los temas humanísticos o literarios que afectasen a Cáceres o a Extremadura; que ya venía colaborando en las páginas de ALCÁNTARA desde los días de su creación.

Al año siguiente, 1970 —que era el XXVI de la fundación de la revista—, sería nombrado como nuevo director Carlos Callejo Serrano, ilustre catalán, funcionario del Estado destinado en Cáceres y perenne explorador de temas, campos, yacimientos y estratos de la más vieja historia extremeña; cuyas investigaciones eran ya muy numerosas, contribuyendo al descubrimiento de la Cueva de Maltravieso, que él daría a la publicidad.

Callejo abriría el número 158 con un breve artículo que tituló: «Tercera singladura», y que sería una especie de «manifiesto» sobre el nuevo camino que pensaba recorrer: «... dar cabida en ALCÁNTARA a la investigación histórica y humana, al ejercicio de las artes, al factor etnológico en que están enraizadas las esencias regionales, a los problemas vitales del momento; todo ello, eso sí, expuesto con la mayor dignidad posible en forma y fondo».

Este largo período que se abría con el nombramiento de Callejo tuvo momentos sombríos y brillantes; uno de los primeros sería la muerte del notable ensayista e historiador D. Miguel Muñoz de San Pedro, conde de Canilleros y de San Miguel, destacadísimo colaborador de la

publicación a lo largo de toda su andadura. En el número 167 —de 1971— se incluirían los trenos y lamentos de sus compañeros redactores por tan irreplicable personalidad. Sin duda, el conde de Canilleros había sido una de las figuras más relevantes de las letras extremeñas; sus libros y publicaciones —como *Extremadura, la tierra donde nacían los dioses*, 1961, Madrid— gozaron de proyección internacional y se le honró numerosas veces con premios y galardones por su destacado trabajo. En Cáceres fue director del Museo Arqueológico, presidente de la Comisión de Monumentos, delegado de Bellas Artes y corresponsal de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes. Como patriarca y mentor de los círculos intelectuales y literarios de toda la región, había promovido y animado los «Congresos de Estudios Extremeños».

Junto a esta sensible pérdida, la revista también reflejaba buenas y destacadas noticias, como la inauguración del Colegio Universitario de Filosofía y Letras de Cáceres (núm. 165), que junto a la Facultad de Ciencias de Badajoz iban a ser los dos pilares de los que surgiese la Universidad de Extremadura (1973), que tantas resonancias iba a producir en las páginas de ALCÁNTARA con el paso de los años.

La creación de esta joven universidad extremeña —tan deseada por Cáceres en el transcurso del último siglo a medio— daría pie a controversias y debates entre Cáceres y Badajoz, como cabezas de distrito, en los que la revista terció en numerosas ocasiones, hasta que finalmente se ubicasen, en Cáceres, las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho, y en Badajoz, las de Ciencias y Medicina, como dictamen «antisalomónico» y cruel, destinado a contentar a todos, aunque hubiera que despedazar al infante disputado.

Los acontecimientos e inflexiones del tiempo se fueron encadenando a lo largo de los años de la «transición democrática»; ya antes de la muerte del general Franco, en 1974, se diseñó un número extraordinario —que dirigió nuevamente Valeriano Gutiérrez Macías— con fines claramente políticos; en él escribieron artículos y opiniones el entonces gobernador civil y jefe del Movimiento, Valentín Gutiérrez Durán; el presidente de la Diputación Provincial, Felipe Camisón Asensio; y otros varios cargos de la Corporación, para subrayar lo que se esperaba iba a ser una nueva época en la vida de ALCÁNTARA que tuvo escasa virtualidad.

Entre los redactores de este número aparecía el director del Colegio Universitario: D. Ricardo Senabre Sempere —ya decano de la nueva Facultad de Filología—, que aún dependía del Patronato Universitario, que financiaba también la Corporación Provincial.

Desde 1980, en que se reanudaba la continuidad de la publicación, la revista ALCÁNTARA daría un «giro copernicano», cambiando su esencia y su presencia, a raíz de los cambios que también se habían producido en la vida social y política de todo el país. Desaparecida la dictadura y proclamado Juan Carlos I como rey de España, la «transición política» llevó a los españoles a una democracia parlamentaria y a un estado constitucional que fue labrado en dos «referendos» populares y en dos «elecciones políticas» amontonadas en el decurso de unos pocos años. En las elecciones generales de 1977 —apenas estrenada la democracia— triunfó una coalición de pequeños partidos que se denominaba UCD (Unión de Centro Democrático), que volvería a ganar en las elecciones municipales de 1979, llevando a la presidencia de la Excm. Diputación a Jaime Velázquez, impulsor de nuevas iniciativas culturales —como la Institución Cultural «El Brocense»— y de la remodelación total y profunda de la revista ALCÁNTARA. Sellers nos recuerda que el 7 de noviembre de 1979 se celebraría una especie de «concilio» de mentores culturales de la Diputación, ya democráticamente constituida bajo la presidencia de Jaime Velázquez, con objeto de «liquidar a la vieja y caduca ALCÁNTARA y sacar a la luz otra nueva revista —con el mismo nombre—, más lustrosa y mejor dotada, como órgano de información de la Corporación Provincial.

Un nuevo director aparecía en las «planchetas» de edición: Domingo Tomás Navarro, periodista de la actualidad diaria, quien orientaría hacia estos objetivos informativos y de actualidad política los rasgos característicos de la revista. Desde el número 1 (febrero de 1980) de esta «Segunda Etapa» se incorporarían al plantel de colaboradores habituales otros periodistas de los «medios» locales, del «Hoy» de Badajoz y del «Extremadura» de Cáceres, como eran José María Parra, Germán Sellers de Paz, Antonio Aradillas, Eusebio Cano Pinto, Emilio Jaraiz, Juan Cruz Gutiérrez, etc., de la misma manera las viejas «secciones» serían reemplazadas por otras que reflejaban mejor esta nueva orientación: «Reportaje», «Opinión», «Informe», «Artes, Letras y Cultura», «De Administración» y «Para bien pasar el tiempo»; centrándose mayoritariamente en

temas políticos y de debate —como el trasvase Tajo-Segura—, temas económicos, sobre el desarrollo cacereño y provincial, pequeñas noticias y referencias culturales, pasatiempos y otros aditamentos envueltos en un formato atractivo y muy propagandístico, al uso de las revistas de actualidad que tanto proliferaron en la época.

Por supuesto, el trasunto político y polémico que se respiraba en toda España —también en Cáceres— durante estos agitados años quedó reflejado en unos números muy especulativos, que recogían posturas personales y políticas de diputados a Cortes —como Pablo Castellano—, de senadores —como Pablo Naranjo—, de gobernadores —como Luis García Tafalla—, de gentes dedicadas preferentemente a las tareas políticas —como Juan Rovira Tarazona—, etc., y cuya misión informativa se refería a las sesiones plenarias de la Diputación Provincial y a las actividades de los señores diputados.

En 1982, la trastienda de la revista se agitó y se agrió, pues el nuevo diputado socialista, Eusebio Cano Pinto, que había sido uno de los colaboradores de ALCÁNTARA, acusó al equipo redactor de la revista de instrumentalizar la propaganda política propia de unas elecciones, en favor del presidente de la Diputación y de su formación política —la UCD—, de cara a las nuevas elecciones locales y municipales, que en 1983 darían una clara mayoría al partido socialista —PSOE— en un gran número de ayuntamientos cacereños.

Precisamente, uno de los últimos números de ALCÁNTARA en esta «Segunda Época» sería uno extraordinario editado para distribuir gratuitamente en la Feria de Muestras de Extremadura (FEVAL), con información muy puntual sobre las realizaciones y logros de la Diputación Provincial de Cáceres en el período 1979-1983.

Ya hemos indicado de qué manera el cambio político, que significó para la Diputación Provincial cacereña el triunfo electoral del partido socialista, se tradujo en esta revista en un nuevo «golpe de timón» que orientaría la nave hacia otros rumbos y a la conquista de otros objetivos. El electo presidente de la Corporación, Manuel Veiga López, cambiaría toda la estructura personal de la Institución Cultural y la dirección de la revista ALCÁNTARA, que recayó —en ambos casos— en la persona de Romano García Martínez, profesor de Filosofía de la Facultad de Letras; quien, ya en el número 1 de esta «Tercera Época» recompon-

dría la deteriorada imagen de la publicación como «Revista del Seminario de Estudios Cacereños», formato cuartilla, con «carátula» dibujada por diversos y prestigiosos artistas locales, y con otras «secciones» que la acercaban más a la antigua forma y fondo, así como a las habituales y convencionales revistas universitarias.

Una larga andadura de once años permitió al nuevo equipo perfilar bien los caracteres que habrían de informar los trabajos, estudios, artículos, creaciones literarias u otras varias colaboraciones que fueran a ser publicados en la revista. Esta calidad exigente y exigida para aparecer en ALCÁNTARA sirvió, sin duda, para depurar más la calidad misma de la revista, de la que hay que destacar, aparte de los varios autores que aparecen en sus «sumarios» la personalidad de su equipo asesor, como fueron el secretario, Juan Verde Asorey, y los miembros del Consejo: José Diego Santos, Milagros Gil-Mascarell, José Luis Gurría Gascón, Pedro Pablo Alonso Pérez y Javier Pizarro Gómez, responsables de mantener y afianzar esta calidad y este prestigio exterior.

De esta Tercera Época hay que subrayar, pues, la variedad y el rigor de los temas tratados, que ya postuló el nuevo director en una nota aclaratoria, publicada en el número 2 de 1984, titulada: «ALCÁNTARA y su Tercera Época»; en ella se establecía que «... nuestro propósito es acoger trabajos relacionados con cualquier problemática científica...». En otro párrafo añade: «... no conviene ser víctimas de un regionalismo a ultranza, rozando posturas irracionales...». Aunque también sugiere una «censura» en razón de calidades: «... Impediremos la aparición de artículos o poemas trasnochados o que no procedan, en cualquier caso, de autores con capacidad de inscribirse en su tiempo y «estar al día», que era donde residía la responsabilidad del Consejo de Redacción.

En ocasiones se diseñaron números especiales, monográficos y muy puntuales sobre temas que se entendían de general interés; uno de ellos sería «Las fuentes locales para el estudio de la Historia de América» (núm. 7 de 1986), que redactaría uno de los Departamentos de la Facultad de Letras. Otro fue «Extremadura como problema» (núms. 13 y 14, de 1988), cuyos autores fueron igualmente miembros del Claustro de la Facultad, con aportaciones de valor muy diverso y disperso; unos años más tarde, llevado el Consejo de Redacción de la general preocupación por los temas regionales frente al nuevo reto de la «Europa de las Regiones», se diseñaría un nuevo número monográfico (núm. 22, de 1991)

sobre el tema del desarrollo y subdesarrollo de la economía extremeña, redactado mayoritariamente por personal universitario, como en los casos anteriores. Finalmente hay que destacar el consagrado a «Las Hurdes» (núms. 31 y 32, de 1994), con una rica y actualizada información sobre esta comarca cacereña del norte de su provincia, que fue, durante muchos años, emblema e imagen de toda Extremadura.

En 1995, un giro político en el mismo espacio, sin desplazamientos colaterales, ha situado al frente de ALCÁNTARA a otro equipo y a otro director; equipo y director que se mueven prácticamente en el mismo ámbito de ideas e iniciativas; y, en consecuencia, no podemos hablar de una nueva etapa, sino de un relevo en plena caminata; en la caminata sin fin y, a veces, sin descanso, de todos los jubileos culturales que se ganan sin plazos fijos.

Así fue, a grandes rasgos, la «crónica» de estos cincuenta años de brillos y sombras de la revista ALCÁNTARA; quizá hayamos olvidado —¡flaca es la memoria humana!— momentos estelares que el tiempo ha ido diluyendo en la espesa niebla de la distancia. Lo mismo que en nuestro «retablo» de personalidades ligadas a la publicación, pudiéramos haber omitido relevantes colaboraciones, más debidas a mi propia falta de sensibilidad que a la voluntad de marginar u olvidar a las excelentes personas que hicieron posible su publicación.

Sirvan mis últimas palabras para pedir disculpas por estas no deseadas omisiones; y también para solicitar a los dioses que propician los buenos augurios, allí donde residieren, que concedan a esta entrañable revista ALCÁNTARA una larga y próspera pervivencia en el próximo milenio.

MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT

